

Friedrich Dürrenmatt
EL ENCARGO



F., una conocida periodista de la televisión suiza, acepta el *encargo* de un psiquiatra danés de investigar y reconstruir la misteriosa muerte de su mujer, ocurrida en un país árabe. Cuando F., junto a su equipo de grabación, empiece a indagar, se verá atrapada en una red de intrigas internacionales en la que intervendrán la policía marroquí, unos servicios secretos y hasta un apacible filósofo.

Índice de contenido

Cubierta

El encargo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Sobre el autor

A Charlotte

¿Qué ocurrirá? ¿Qué nos traerá el futuro? No lo sé ni intuyo nada. Cuando desde un punto fijo se precipita una araña sobre sus consecuencias, siempre ve ante sí un espacio vacío en el que no encuentra lugar donde apoyarse, por más que patalee. A mí me ocurre lo mismo; ante mí hay siempre un espacio vacío; lo que me impulsa hacia delante es una consecuencia que se encuentra detrás de mí. Esta vida es absurda y atroz, intolerable.

KIERKEGAARD

Cuando la policía notificó a Otto von Lambert que su esposa Tina había sido encontrada muerta y violada junto a las ruinas de Al-Hakim, sin que se hubiera logrado esclarecer el crimen, el psiquiatra, conocido por su libro sobre el terrorismo, hizo que el cadáver fuera transportado en helicóptero por encima del Mediterráneo, amarrando bajo el aparato con un cable el ataúd en que yacía la difunta, de suerte que este, suspendido en el aire, voló sobre inmensas superficies iluminadas por el sol y entre jirones de nubes, atravesó incluso una tormenta de nieve sobre los Alpes y, más tarde, varios aguaceros, hasta que, en presencia del cortejo fúnebre reunido en torno a la tumba abierta, fue bajado suavemente al fondo y cubierto enseguida con paletadas de tierra, tras lo cual Von Lambert, que había observado que también la F. estaba filmando la escena, cerró su paraguas pese a que llovía, la miró brevemente de arriba abajo y la invitó a que lo visitara esa misma noche con su equipo de filmación, pues tenía para ella un encargo que no admitía dilación alguna.

2

Conocida por sus retratos fílmicos, la F., que se había propuesto recorrer nuevas vías y se aferraba aún a la vaga idea de realizar un retrato global, el de nuestro planeta, esperando conseguirlo a base de ensamblar escenas casuales en un todo –razón por la que había filmado el extraño entierro–, siguió con mirada perpleja a aquel hombre macizo, Von Lambert, quien, sin afeitarse y empapado por la lluvia, y con el abrigo negro desabrochado, le había dirigido la palabra y se había alejado de ella sin despedirse, y decidió aceptar la invitación solo tras muchas vacilaciones, pues un oscuro presentimiento le decía que allí algo no cuadraba y que además corría el peligro de embarcarse en una historia que la apartaría de sus planes, de modo que se presentó más bien de mala gana con su equipo en el apartamento del psiquiatra, impelida únicamente por la curiosidad de saber lo que este quería de ella y decidida a no comprometerse en nada.

Von Lambert la recibió en su estudio, exigió ser filmado de inmediato, se sometió dócilmente a todos los preparativos y, sentado detrás de su escritorio, ante la cámara en marcha se declaró culpable de la muerte de su esposa, que sufría a menudo serias depresiones, por haberla tratado siempre más como un caso clínico que como a una mujer, hasta que ella, tras haber descubierto por casualidad lo que él iba anotando sobre su enfermedad, abandonó sin más ni más la casa, vestida con un traje tejano sobre el que se había puesto su abrigo de piel rojo y llevando solo un bolso, según informó el ama de llaves, y desde entonces él no había vuelto a tener noticias suyas, aunque tampoco había hecho nada por averiguar algo sobre ella, por un lado para dejarle plena libertad, y, por el otro, para ahorrarle la sensación, si llegaba a enterarse de sus pesquisas, de que él la seguía observando, sin embargo, tras un final tan horrible como el de Tina, y ahora que él reconocía su culpa no solo por el método que empleara con ella, el de la fría observación prescrita por la psiquiatría, sino también por no haber hecho ningún tipo de indagación, consideraba un deber suyo averiguar la verdad, más aún, hacerla accesible a la ciencia, enterarse de lo que había ocurrido, pues él ya había llegado al límite de las posibilidades de su ciencia –límite trazado por el destino de su esposa–, su estado de salud era ruinoso y no estaba en condiciones de viajar personalmente al lugar de los hechos, por eso le encomendaba a ella, la F., el encargo de reconstruir, junto con su equipo, el asesinato de Tina, del que él era causante como médico y en el que el asesino

solo representaba un factor aleatorio, en el lugar donde según toda evidencia se había producido, registrando lo que hubiera que registrar a fin de que la película que filmase pudiera ser exhibida en congresos de especialistas y en la fiscalía del Estado, pues como culpable él había perdido, al igual que cualquier delincuente, el derecho a mantener su delito en secreto, y diciendo esto le entregó un cheque por una cantidad considerable, varias fotos de la difunta, así como el diario de esta y las notas que él había escrito, tras lo cual la F., para gran asombro de su equipo, aceptó el encargo.

Tras despedirse sin responder a la pregunta de su cámara sobre el significado de aquel absurdo, la F. se pasó la noche entera, casi hasta el amanecer, examinando el diario y las notas, y, después de un breve sueño, desde su cama organizó el vuelo a M. con una agencia de viajes, se dirigió luego a la ciudad, compró los periódicos sensacionalistas, cuyas primeras páginas ofrecían fotos del extraño entierro y de la muerte, y se sentó, antes de ir en busca de una dirección escrita a vuelapluma que había encontrado en el diario de Tina, en el restaurante italiano, donde desayunó sentada a la mesa del profesor de lógica D., a cuyo curso en la universidad asistían dos o tres estudiantes, un tipo extraño y perspicaz del que nadie sabía si era un desvalido ante la vida o solo fingía ese desvalimiento, que a todo el que se sentaba a su mesa en aquel restaurante siempre repleto le explicaba sus problemas lógicos de forma tan confusa y exhaustiva que nadie lograba entenderlos, tampoco la F., quien, no obstante, lo encontraba divertido, lo quería y a menudo le exponía sus proyectos, como ahora, que le comentó el encargo del psiquiatra y acabó hablándole del diario de la esposa, sin darse cuenta de que se lo estaba resumiendo, a tal punto la había impresionado aquel cuaderno de escritura apretada, dijo, sin embargo, que jamás había leído semejante descripción de un ser humano, que Tina von Lambert había descrito a su marido como un monstruo, gradualmente, eso sí, no de entrada, sino desgajando en cierto modo una tras otra las facetas de aquel hombre y observándolas luego como bajo un microscopio que ampliase cada vez más las imáge-

nes con una luz de intensidad siempre mayor, durante páginas enteras había descrito cómo comía o se escarbaba los dientes, páginas enteras para decir cómo y dónde se rascaba, páginas enteras sobre cómo se relamía o carraspeaba, tosía, estornudaba, o sobre otros movimientos involuntarios, gestos, temblores y peculiaridades que, en mayor o menor grado, se dan en cada ser humano, pero todo esto expresado de manera tal que el comer en sí le resultaba ahora a ella, la F., intolerable, y si aún no había tocado su desayuno era solo porque se imaginaba que comía igualmente mal, no se podía comer de forma estética, leer aquel diario producía la sensación de que una nube hecha de puras observaciones se condensaba en un conglomerado de odio y repugnancia, a ella le parecía haber leído un guion sobre la documentación de cualquier hombre, como si, filmado de aquella manera, cualquier hombre, al perder toda individualidad gracias a una observación tan implacable, pudiera convertirse en un Von Lambert como el que había descrito su mujer, el psiquiatra, en cambio, le había dado una impresión totalmente distinta, era un fanático de su profesión que empezaba a dudar de esa profesión, había en él, como en muchos científicos, algo extremadamente pueril y desvalido, había creído amar a su mujer y lo seguía creyendo, pero a nadie le cuesta imaginarse que ama a alguien cuando en el fondo solo se ama a sí mismo, el espectacular entierro la había puesto recelosa, solo ocultaba el orgullo herido de Von Lambert, por qué no, y al encargarle este que investigara las circunstancias que condujeron a la muerte de su esposa estaba intentando, aunque inconscientemente, erigirse ante todo un monumento a sí mismo, si la descripción que Tina ofrecía de su marido rayaba en la exageración, cayendo en cierto exceso de expresividad, las notas de Von Lambert resultaban demasiado abstractas, detrás de esos apuntes no se leía una observación, sino una abstracción del ser humano, la depresión era definida como

un fenómeno psicossomático producido por la toma de conciencia de la absurdidad del ser inherente al ser en sí, el sentido del ser era el ser mismo, por lo que el ser era, en principio, intolerable, Tina había tomado conciencia de todo esto y la toma de conciencia de esa toma de conciencia era precisamente la depresión, y así fue llenando páginas y páginas con este galimatías, por lo que a ella le resultaba de todo punto imposible creer que Tina hubiese huido porque encontró esos apuntes, como al parecer sospechaba Von Lambert, aunque su diario terminara con la frase «me observan», subrayada dos veces, ella interpretaba esta anotación de otra forma, Tina había descubierto que Von Lambert había leído su diario, y esto era lo horrible, no los apuntes de Von Lambert, y para alguien que odia en secreto y de pronto se entera de que el ser odiado lo sabe, no hay otra salida que la fuga, tras lo cual la F. concluyó sus explicaciones con la observación de que algo no cuadraba en esa historia, seguía siendo un enigma qué había hecho huir a Tina al desierto, y ella, la F., tenía la impresión de ser una de aquellas sondas que se lanzan al espacio con la esperanza de que envíen a la Tierra informaciones cuya especificidad aún se desconoce.

D. escuchó el informe de la F. y, aunque solo eran las once, pidió distraídamente una copa de vino, se la echó, también distraídamente, al coleteo, pidió una segunda copa y dijo que aún seguía ocupado con la inútil cuestión de saber si el principio de identidad $A = A$ era válido, pues él suponía dos A idénticas, cuando solo podía haber una A idéntica a sí misma, y, sea como fuere, referido a la realidad aquello era un absurdo, ningún hombre era idéntico a sí mismo porque estaba sometido al tiempo y, en rigor, en cada momento era distinto del que había sido en el momento anterior, a veces él tenía la impresión de ser otro cada mañana, como si un nuevo Yo hubiera desplazado a su Yo anterior y utilizara ahora su cerebro y, por lo tanto, también su memoria, por eso estaba contento de dedicarse a la lógica, que se encontraba más allá de toda realidad y a salvo de cualquier contratiempo existencial, por eso solo podía pronunciarse en términos muy generales sobre la historia que ella acababa de contarle, el bueno de Von Lambert no estaba conmocionado como marido sino como psiquiatra, la paciente había huido del médico, que había hecho de su fracaso humano un fracaso de la psiquiatría, y allí estaba ahora el psiquiatra como un carcelero sin reclusos, lo que le faltaba era su objeto, lo que él designaba como su culpa era solo esta carencia, y lo que quería de la F. era solo el documento que le faltaba para su documentación; al intentar saber lo que nunca podría entender, quería, en cierto modo, encerrar nuevamente a la muerta en su prisión, todo aquello habría sido un argumento para un comediógrafo si detrás no se ocultara un

problema que a él, D., lo venía inquietando hacía tiempo, en su casa de las montañas tenía un telescopio reflector, un burdo aparato que, a ratos, dirigía hacia una roca en la que había gente observándolo con prismáticos, y cada vez que quienes lo estaban observando con sus prismáticos comprobaban que él también los observaba con su telescopio catóptrico, se retiraban velozmente, lo cual solo venía a corroborar la comprobación lógica de que a cada observado le corresponde un observador que, siendo a su vez observado por aquel observado, se convierte él mismo en observado, una trivial interacción lógica que, sin embargo, llevada a la realidad, tenía efectos amenazadores, los que lo observaban se sentían sorprendidos cuando él los observaba con su telescopio catóptrico, y ser sorprendido resultaba oprobioso, y el oprobio suele provocar agresividad, muchos de los que se habían retirado volvían cuando él, D., dejaba a un lado su instrumento, y lanzaban piedras contra su casa, en general, lo que ocurría entre quienes lo observaban y él, que observaba a sus observadores, era sintomático de nuestro tiempo, todos se sienten observados por todos y observan a todos, el hombre de hoy es un hombre observado, el Estado lo observa con métodos cada vez más sofisticados, el hombre intenta sustraerse cada vez más desesperadamente a ese ser-observado, al Estado le resulta cada vez más sospechoso el hombre, y al hombre el Estado, así también cada Estado observa al otro y se siente observado por todos los otros, y el hombre observa la naturaleza como nunca lo había hecho antes, inventando, para observarla, instrumentos cada vez más ingeniosos, tales como cámaras, telescopios, estereoscopios, radiotelescopios, telescopios de rayos X, microscopios, microscopios electrónicos, sincrotrones, satélites, sondas espaciales, computadoras, de la naturaleza siempre se obtienen nuevas observaciones, desde los quásares, situados a billones de años luz de distancia, hasta partículas de billonésimas de milímetro o hasta